

COSMÓPOLIS

artículos selectos



LIVRES

Este volumen reproduce una selección de artículos realizada por Pedro Grases de la revista *Cosmópolis* (1894-1895), se incluye como prólogo el maravilloso artículo realizado por éste en conmemoración de los 50 años de la revista.

Pedro Emilio Coll, uno de sus principales protagonistas, dedica estas palabras a la revista: «*Cosmópolis*, de nombre stendhaliano a la sazón de moda, y en la que colaboré, incluía entre sus primordiales objetivos, además del contacto con literaturas extranjeras que creíamos necesario para nuestra educación estética y social, el intenso deseo de revivir o despertar la observación inmediata y contemporánea de nuestro contorno nacional. Nuestra *Cosmópolis* ideal, de corta duración, no aspiraba a ser ciudad distante y exótica sino habitación fundada en casa propia, con vistas a la humanidad».

No obstante, y a despecho de la corta existencia de *Cosmópolis* la revista hizo historia y constituye importante jalón en las letras venezolanas y del Continente americano. Agrupó un conjunto de nombres que ganaron para la hora presente el derecho a la admiración y al homenaje por la obra cumplida.

AA. VV.

COSMÓPOLIS

Artículos selectos



Cosmópolis
AA. VV.

r1.0

Primera edición electrónica: Junio de 2021

Producido por Livres para su distribución libre y gratuita. Livres es un proyecto sin fines de lucro que produce ediciones digitales modernas de literatura venezolana clásica.

www.livres.org.ve

El texto de esta obra se encuentra en el dominio público venezolano. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente este libro electrónico siempre que sea con fines no comerciales y no profesionales.

EN EL CINCUENTENARIO DE «COSMÓPOLIS» (1894-1944)^[1]

PLEITO INSOLUBLE, EL DE LAS GENERACIONES. Tanto se ha escrito sobre ellas, que algo se vería en claro, si pudiera tan sólo vislumbrarse una forma concreta del concepto de generación literaria, no obstante el embrollo producido regularmente a lo largo de toda controversia. Siempre se aplica el apelativo de «generación» a un grupo próximo en el tiempo, puesto que si el grupo de escritores es más lejano se habla de escuelas o tendencias. En todo momento, el análisis crítico de lo cercano se halla enturbiado por factores múltiples; de manera muy particular, si se pretende conseguir, como en el caso de las generaciones, una estimación de conjunto. Acontece, a menudo, que el rasgo que se ha creído interpretar certeramente como signo o elemento diferenciador de una generación, se contradice abiertamente con hechos posteriores, que obligan a rectificar los puntos de vista de los cuales se ha partido para el enjuiciamiento crítico.

En la cultura hispánica tenemos vivo y ejemplar el debate alrededor de la denominada «generación del 98», de cuya obra se ha nutrido en buena parte, el pensamiento en castellano, hasta nuestros días. Se han trasegado conceptos, fallos y dictámenes, se ha opinado en pro y en contra, a la vista de unas obras y en presencia —y aun con la intervención— de los propios protagonistas. Las conclusiones son bien magras y los argumentos, cuando se trata de apoyar un criterio, o son endebles, o dejan campo a que haya otros tantos fundamentos para argumentar la opinión contraria. La definición crítica es siempre poco convincente. Creo que ello radica en que quieren valorarse pareceres y juicios subjetivos como estimaciones objetivas, con el propósito de caracterizar, además, en una generación, realidades de tal sutileza espiritual que no permiten aseveraciones categóricas. Y, por otra parte, tales juicios se basan en contemplaciones íntimas, no tan sólo en lo que de personal tiene toda crítica literaria o

estética, sino con la parcialidad afectiva con que se sopesa cuanto vemos muy allegado a nosotros.

* * *

Estas consideraciones liminares vienen a cuento, al presentar nuestro homenaje a *Cosmópolis*, puesto que dicha publicación ha suscitado, con sobrada razón, el tema de las generaciones literarias en Venezuela. El equipo de sus directores estaba animado por intenciones semejantes y coincidentes. Sintieron el acicate de una finalidad compartida al unísono. Con mayor verosimilitud que en *El Cojo Ilustrado* podría decirse de *Cosmópolis* que singulariza y precisa una generación literaria. No obstante, la derivación polémica que con frecuencia trae el caso o el acaso de las generaciones, nos induce a no proseguir en vía tan resbalosa, por lo controvertida.

* * *

En las postrimerías del siglo XIX, Caracas realiza un esfuerzo notorio que es alto exponente de vitalidad. El año de 1892 ve aparecer la excelente revista *El Cojo Ilustrado* —después de un periodo preparatorio literario-comercial— publicación espléndidamente presentada en papel noble, y con más nobles intenciones: aunar todas las voluntades en pro de la cultura nacional. Durante un cuarto de siglo, hasta 1915, las entregas de esta revista situarán el nombre de Venezuela en destacado lugar en la vida del Continente. Hombres maduros y escritores jóvenes darán su colaboración en las acreditadas y brillantes columnas de *El Cojo*. Durante sus veinticuatro años de existencia, vio nacer, crecer y morir muchas otras publicaciones venezolanas.

En 1894, los literatos más jóvenes, quienes sin embargo no rehuían la cooperación a la empresa de *El Cojo Ilustrado*, quisieron romper lanzas en su propia lid y fundaron *Cosmópolis*, que subtitulan muy significativamente «Revista Universal». Es fácil suponer que el grito revolucionario de quienes piloteaban la nueva publicación provocaría en algunos espíritus timoratos las voces indignadas con que habitualmente se mal-defiende el reposo o el descanso, que se cree legítimo e inalterable; y en

otros, excitaría a la risa compasiva con que a veces se cubre la incomprensión y la suficiencia en el peor de los casos.

No obstante, y a despecho de la corta existencia de *Cosmópolis* la revista hizo historia y constituye importante jalón en las letras venezolanas y del Continente americano. Agrupó un conjunto de nombres que ganaron para la hora presente el derecho a la admiración y al homenaje por la obra cumplida.

* * *

Es tan difícil tropezarse con números de *Cosmópolis*, que ha llegado a decirse que no existió. Recuerdo que en mis primeros pasos por la cultura venezolana, en conversaciones con hombres generosos que me adiestraron y me enseñaron a querer a Venezuela me hablaban de *Cosmópolis* como si fuera publicación casi imposible de conseguir. Muy raros, en verdad, son los ejemplares que quedan de tal revista, y son contadas las colecciones completas cuya existencia es conocida.

Tuve la fortuna de tener por limitado tiempo las doce entregas que componen la colección completa, y de ellos hice la selección de artículos doctrinales^[2] que ahora se editan en nuestra Revista, como señal de respeto a *Cosmópolis* y para divulgar el conocimiento de las ideas centrales que impusieron a un puñado de personas incorporadas ya a la historia de la literatura venezolana. Venturosamente, muchos de ellos viven, con lo que nuestro homenaje cobra mayor timbre de gloria.

Nuestra selección está formada por nueve artículos, de los cuales los siete primeros son, de hecho, exposición deliberada del pensamiento de *Cosmópolis*. Los dos últimos son notas literarias, en las cuales es dable ver el pensamiento crítico de dos significados colaboradores.

Debería incluirse en la presente selección el artículo de Pedro-Emilio Coll, intitulado «Examen de conciencia», aparecido en el segundo número de *Cosmópolis*, que constituye una suerte de confesión literaria, en cuanto a gustos y en cuanto a formación. En el libro de don Pedro-Emilio «Palabras», editado en Caracas, en 1896, puede verse el escrito que mencionamos.

* * *

Cosmópolis comienza a publicarse el 1.º de mayo de 1894. Es de aparición quincenal. Lleva la numeración de Año I, número 1 y figuran como Directores y Redactores: Pedro César Dominici, Pedro-Emilio Coll y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl. Como Administrador: Luis Pereira Solís. Se edita en Caracas, en la Imprenta Bolívar, Oeste 4, número 4. Tamaño 22,5 cm. Cada entrega tiene 32 páginas, con numeración corrida hasta el número 6, inclusive, numeración que llega hasta la página 192. Con el número 6 finaliza el primer tomo.

El número 7, corresponde al Año I, Tomo II, lleva la fecha de 20 de agosto de 1894. De aparición mensual, con 48 páginas de texto y nueva numeración (1-48, corrida en las entregas sucesivas). En este número comenzó la «Galería ilustrada de Cosmópolis» con el retrato de Paul Bourget; en los números siguientes, José Gil Fortuol (n.º 8); y Julián del Casal (n.º 9).

En el número 9, Año I, Tomo II, correspondiente al 31 de octubre de 1894, Pedro-Emilio Coll se retira de la revista.

Reaparece *Cosmópolis* en mayo de 1895, con la numeración de Año II, número 10, modificando el cuadro directivo en la forma que se expresa a continuación: Director, Pedro-Emilio Coll; Redactores: Andrés A. Mata y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl. Como Redactor-Corresponsal: Pedro César Dominici.

Se publica con regularidad hasta el número 12, fechado en julio de 1895, con numeración corrida hasta la página 144. Termina con una «nota» de Pedro-Emilio Coll, que publicamos en la presente selección.

* * *

En cuanto al carácter, finalidad y tono de la revista, es mejor dejar la palabra a uno de sus principales protagonistas, don Pedro Emilio Coll, quien escribía desde París, con fecha 10 de enero de 1939, una carta a Mariano Picón Salas, el cual por aquel entonces era director de la *Revista Nacional de Cultura*, en cuyas páginas se insertó la referida carta (v. n.º 4, febrero de 1939, p. 50). De ella citamos lo que sigue:

«La Revista *Cosmópolis*, de nombre stendhaliano a la sazón de moda, y en la que colaboré, incluía entre sus primordiales objetivos, además del contacto con literaturas extranjeras que creíamos necesario para nuestra educación

estética y social, el intenso deseo de revivir o despertar la observación inmediata y contemporánea de nuestro contorno nacional. Nuestra Cosmópolis ideal, de corta duración, no aspiraba a ser ciudad distante y exótica sino habitación fundada en casa propia, con vistas a la humanidad. Profesábamos con un nativismo fundamental un ingenuo internacionalismo sentimental, y de ese modo lo expuse en la sección que me correspondía».

«Fue el tiempo en que Revistas y cartas multicolores establecían casi olvidadas relaciones espirituales entre nuestras repúblicas, sin rumbosas delegaciones ni embajadas. Sin proponérselo en absoluto, alto poeta representativo de las modalidades de una época americana, ya superada, Rubén Darío, con voces musicales y remotas, nos federaba, por decirlo así, de un extremo a otro del Continente indoespañol».

«El llamado modernismo, descartaba la retórica que solía abrumarlo y aun persistente en ulteriores manifestaciones intelectuales, era a mi juicio, un medio de acercarnos a lo más próximo y familiar, según me empeñé en resumirlo en mis notas mal tituladas “Decadentismo y Americanismo”. A mi parecer, afinados la sensibilidad y el intelecto, con el estudio de nuestros maestros favoritos, los aplicaríamos más tarde, y como ya generalmente comienza a ocurrir, a mejor conocimiento, percepción e intuición del ambiente en que vivimos, del paisaje y de los seres humanos que nos rodean. Éramos, como esa nuestra América criolla, de colores abigarrados, de tan mudables aspectos, al través de los tiempos y las influencias que recibe, sobre el fondo menos variable de su psicología colectiva y permanencia geográfica».

Además de quienes figuraron como Directores y Redactores de *Cosmópolis* aparecieron en sus páginas los siguientes escritores:

VENEZOLANOS: Rafael Cabrera Malo, Eloy G. González, Santiago Key-Ayala, Rafael Esteves Buroz, Manuel Vicente Romerogarcía, L. Torres Abandero, Juan Antonio Pérez Bonalde, Alejandro Romanace, Polita J. de Lima, Víctor M. Racamonde, Lisandro Alvarado, Pedro María Morantes, M. Pimentel Coronel, Felipe Valderrama, César Zumeta, Manuel Eudoro Aybar, José Gil Fortoul, Fernando Morales Marcano, Rufino Blanco-

Fombona, Rafael Bolívar, Nicanor Bolet Peraza. Francisco Lazo Martí, Rafael Terán, Manuel Díaz Rodríguez, Alejandro Lara Núñez, Antonio L. Álvarez, Ángel César Rivas, Luis Churión, E. Escobar, Abelardo Gorrochotegui, Carlos A. Villanueva, J. Pérez Veracoechea.

NO VENEZOLANOS: Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío, Alfonso Daudet, Julián del Casal, M. Gutiérrez Nájera, Iván Turgucnef, Ismael Enrique Arciniegas, Carlos Baudelaire, Ramón de Campoamor, Emilio Zola, Francisco A. de Icaza, Luis Ricardo Fors (uruguayo), Salvador Rueda, Catulle Mendes, Arturo A. Ambrogi (salvadoreño), Emilio Bergerat, León Tolstoy, Ernesto Renán, Enrique Heine, Jesús Urueta (mejicano), Julio Lemaitre, Ernesto O. Palacio (colombiano), Paul Bourget, Paul de Saint Víctor, Víctor Hugo, Emilia Pardo Bazán, Adolfo García (colombiano), Arturo Schopenhauer, León Claudel, Abraham Z. López-Penha (curazoleño), H. Taine, Darío Herrera (colombiano), Manuel José Othon (mejicano), José Asunción Silva, Leopoldo Díaz (argentino), Max Nordau, Marcelo Prevost, Fray Francisco Blanco Garría, Salvador Díaz Mirón, Teodoro de Wysewa, Hugues Le Roux, José Ramón López (dominicano), T. Aguirre (cubano), V. de Colleville.

* * *

Para quien perciba la resonancia de tal pléyade de nombres —en 1894 y 1895— sería ocioso cualquier comentario^[3].

Caracas, abril de 1944.

**SELECCIÓN DE ARTÍCULOS
DOCTRINALES DE «COSMÓPOLIS»**

I

CHARLOTEO

(En la redacción)

COLL. —Queridos cofrades, estamos solos, nadie nos oye y podemos hablar con franqueza. ¿Qué suerte auguran ustedes a nuestro periódico, cuyo bizarro título de COSMÓPOLIS impreso en letras rojas en la portada, alegra el espíritu y atrae como un pecado que diría Barbey d'Aurevilly?

DOMINICI. —Yo creo que debemos recordar el medio ambiente en que vivimos: aquí está atrofiado el espíritu por la indiferencia, pueden contarse las personas que leen un drama de Ibsen o una estrofa de Paul Verlaine; si a esto se agrega que nuestro periódico va a estar redactado por tres jóvenes, y sobre todo, por tres jóvenes que no andan con los hombros levantados, ni hablan con la superioridad de los enciclopedistas, comprenderéis fácilmente que no lo leerá nadie. Pertenecemos a una generación estéril, ¡según el vaticinio de un profeta moderno! Sin embargo, lucharé con vosotros, pero eso sí, me convertiré en un joven pálido, de frente sudorosa, viviré entre las sombras, esperando siempre la agonía de nuestro hijo enfermo, pensando en las flores mustias que colocaré sobre su cuerpo cuando lo arrojemos desde las rocas del Taigete, esa hecatombe de los niños débiles.

URBANEJA. —¡Calla! ¡Calla...! Temes el medio ambiente; de antemano lloras la muerte del hijo de nuestros sueños. Mal haces.

Te atormenta la indiferencia de las almas. Tiembles por ti y por nosotros, tres adolescentes con aspiraciones de cíclopes. Eres un diablo de neurótico.

Escucha.

Siempre he creído, que las masas se conmueven; que las conciencias que aletarga la indiferencia, tienen horas, instantes en que una sensación que parece incompatible con el medio, pero que viene trabajada por una evolución latente, las precipita en una vida nueva. Pues bien, ahí está. La evolución ha comenzado, antes de nosotros unos buenos trabajadores dejaron los cimientos y en nosotros será sensible el medio. Si éste es incapaz viene el ensanche. El feto hace el claustro materno. Nosotros aportamos sensaciones nuevas; educados en las páginas de Ibsen y Verlaine, traemos la nota característica de la revolución actual; la ley del progreso es nuestra cómplice.

Sí; el medio actual literario parece ajeno a las innovaciones y eso, porque lleva vida de remanso; es un mar adormecido sobre el cual cruzan gaviotas; que no se atreven bajo la inmensa lámina de un cielo plomizo, a lanzar su grito resonante, entre el roncar del trueno y la epopeya del rayo.

Pero a gente nueva, horizontes amplios. A sangre joven escozores en la piel. Lucha sin tregua.

Amamos el arte; nos alimentamos en los nuevos principios; vemos la expresión artística del momento.

Con Ibsen en el drama.

Con Goncourt, Zola, Daudet en la novela.

Con Taine y Bourget la crítica verdad, la que estudia el temperamento en las páginas de la obra, la que ha abofeteado la retórica y reventado los Clarines.

Con Paul Verlaine, el verso: el que tiene cabrilleo joyante, vahos de carne, al través de nupcial velo, con aromas de blancos azahares y pureza mística de cálices y de hostias...

COLL. —Calma, señores, calma. Creo que toman ustedes el asunto demasiado en serio; no vale la pena de acalorarse y de gritar como energúmenos. Querido Urbaneja, desciende de tu torre de marfil si no quieres que te crea un don Quijote. Dominici, amigo mío, desarruga el ceño y ponte alegre como en los tiempos en que aún creías en la felicidad.

Hablemos como gente formal; os aseguro que si alguien nos oyera formaría muy mala opinión de nosotros: el uno con sus filípicas al público a quien no debemos decir ciertas verdades, porque por ahora lo necesitamos, y el otro con su pirotecnia de palabras y su imaginación de tarascones. No nos forjemos negras ideas, ni tampoco azules ilusiones; ensayemos una vez más el propósito, varias veces abortado, de un periódico literario, contando con el apoyo de nuestros compañeros, de esos que

alguien desdeñosamente ha llamado la «bohemia». Si en la lucha salimos vencidos creo que no tendremos de qué avergonzarnos.

En este periódico como lo indica su nombre tendrán acogida todas las escuelas literarias, de todos los países. El cosmopolitismo es una de las formas más hermosas de la civilización pues que ella reconoce que el hombre rompiendo con preocupaciones y prejuicios, reemplaza la idea de Patria por la de Humanidad.

La literatura ha hecho en favor de la confraternidad humana más que todas las intrigas diplomáticas; los países más lejanos se conocen, se acercan y simpatizan por el libro y el periódico; las ideas viajan de una nación a otra sin hacer caso de los empleados de aduanas, ni de los ejércitos fronterizos, las razas se estrechan, y la Paz se impone.

A la corriente literaria entre Francia y Rusia débese en primer lugar la unión de esos dos simpáticos pueblos. Zola y Tolstoy han sido los predecesores de esa alianza que desconcierta a la Alemania: el maestro formidable, el cantor épico de *Germinal* da la mano por sobre Bismarck al conde-mujick, que en el fondo de la mística Rusia hace zapatos y libros inmortales.

En la América toda un soplo de revolución sacude el abatido espíritu, y la juventud se levanta llena de entusiasmo. Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Gómez Carrillo, Julián del Casal y tantos otros dan vida a nuestra habla castellana, y hacen calor y luz por las venas de nuestro idioma que se moría de anemia y parecía condenado a sucumbir como un viejo decrepito y gastado. Nosotros, hijos de una misma madre, permanecíamos desconocidos unos de otros pero ahora gracias a la literatura y a los periódicos que surgen en todas las Repúblicas españolas, nos saludamos como hermanos, nos conocemos y estamos alegres como en plena luna de miel.

Amigos míos, tratemos de llevar a cabo nuestra idea, ella no es solamente una buena idea sino también una buena acción.

DOMINICI. —Cuidado como concluimos a lo Ragnar-Lodbrog, asesinado por avispas y serpientes venenosas, entonando nuestro canto de muerte, recordando las llanuras de Nortumra, creyendo que vamos a beber el hidromiel de la gloria. Pero dejemos la filosofía ya que nos hemos metido a periodistas, y hablemos en serio, aunque es mejor hablar en risas.

Fundemos una sección de crítica, no para criticar a nuestros compañeros de bohemia, no; nosotros los jóvenes podemos escribir disparates y ridiculeces, pero no le es permitido a esos literatos de alta fama, y que tanto nos desdeñan, presentarse con tonterías de principiantes

o dislates de colegiales. Otra cosa, seremos mansos con los mansos, soberbios con los soberbios, e indiferentes con los indiferentes; no admitiremos seudónimos, colaborarán los que nosotros invitemos, en fin, haremos lo que hacen todos los que se meten a redentores, ¡morir crucificados por las hablillas, dimes y diretes de los eternos charlatanes de oficio...! Hasta que mueras tú, producción volcánica de nuestros cerebros, ráfagas nerviosas de esa savia fecunda que se llama Juventud, asilo de los sueños, espigas de oro que formas la ilusión.

URBANEJA. —Charlotea que charlotea. Nos hemos despepitado. El uno con sus presagios fúnebres; el otro con su vehemencia socialista, con su lirismo democrático; a fuerza de amar a Tolstoy le vibran los nervios; desaparece el nombre de patria y queda humanidad: el arte universal; la santa y última expresión de la confraternidad artística. Pero diablos — admito el programa siempre que vibre en él la nota criolla.

¡Regionalismo! ¡Regionalismo!... ¡Patria! Literatura nacional que brote fecunda del vientre virgen de la patria; vaciada en el molde de la estética moderna, pero con resplandores de sol, del sol del trópico, con belleza ideal de flor de mayo, la mística blanca, blanca, con perfume de lirios salvajes y de rosetones de montaña, con revolotear de cóndor y cabrilleo de pupilas de hembra americana.

Sí, a la lucha. A la lucha.

Enarbolando nuestro lábaro, el símbolo de nuestro sueño; azul pálido, donde resaltan de relieve en encendidas letras rojas, COSMÓPOLIS, emprenderemos la ruta de las meritorias peregrinaciones; no nos detenga el dolor de las indiferencias, el sarcasmo de los ídolos de arcilla.

El batallar fortalece las almas.

A trabajar. A trabajar.

(Primer artículo del primer número de «Cosmópolis», Caracas, 1 de mayo de 1894).

(Telón rápido).

II

REFORMA

Con este número termina el primer tomo de este periódico, cuyo cosmopolitismo ha parecido a unos ridículos y a otros ameno. No ha faltado quien nos critique, aunque de una manera solapada y bajo la careta del anónimo; pero la mayoría de la prensa ha sido benévola y nos ha dado fuerzas para continuar en la lucha literaria que nos hemos impuesto; hemos recibido felicitaciones que nos han enorgullecido en sumo grado, y Bolet Peraza, César Zumeta, Manuel Revenga, Gil Fortoul, Romero García, Miguel Eduardo Pardo, Lisandro Alvarado, Pimentel Coronel, Betancourt Figueredo y muchos otros, glorias de nuestras letras patrias, nos han ofrecido honrarnos con su colaboración.

Del exterior también hemos recibido voces de aliento, la corriente de fraternidad literaria que anima a la juventud americana, ha sido establecida ya con nosotros; las revistas del exterior han correspondido a nuestros canges; Salvador Rueda, Gómez Carrillo, José S. Chocano y Darío Herrera han prometido enviarnos trabajos expresamente escritos para COSMÓPOLIS.

A pesar de los inconvenientes económicos que ofrece toda empresa en su principio, hemos podido, con el apoyo de nuestros lectores, en su mayor parte jóvenes luchadores de la generación actual, publicar los dos números mensuales que habíamos ofrecido; pero deseamos hacer accesible a nuestra revista a todas las condiciones y a todas las clases sociales, para propagar en Venezuela el movimiento de la literatura contemporánea, y aportar con el modernismo el progreso científico y artístico, base de la civilización de los pueblos.

Por este respecto hemos resuelto publicar un solo número al mes, que tendrá 48 páginas de lectura, y rebajar la suscripción a un bolívar.

Próximamente ilustraremos a COSMÓPOLIS con retratos de los principales escritores modernos.

Aprovechamos esta oportunidad para dar las gracias a la prensa que nos ha estimulado en nuestra tarea, pues no olvidemos que el periodismo es la palanca del pensamiento, el campo en donde lucha la idea con la idea, la hoguera de donde brota la llama que ha de iluminar el camino a las nuevas generaciones.

(Año I, n. °6. —Caracas, 15 de julio de 1894).

III

ESQUELA

Señores Pedro César Dominici y L. M. Urbaneja Achelpohl.

Buenos y queridos compañeros:

Causas muy íntimas, y que yo os diría aquí si no fuera porque tengo la seguridad de que vais a publicar esta carta, me obligan a desertar de la redacción de COSMÓPOLIS.

No puedo ocultar que siento dejaros. Juntos nos lanzamos a esta campaña literaria que está en camino de triunfar porque ella obedece a nuevas necesidades de las inteligencias de este tiempo, y porque siendo manifestación de un estado de alma de la juventud contemporánea de nuestro país tiene forzosamente que encontrar atmósfera de simpatía. Juntos nos hemos expuesto a la lucha, a la crítica, a los dicharachos de los filístinos como llamaba Henriquet Heine a los que se ponen el tapa ojos del sentido común. Con ustedes he pasado muy buenos ratos, quizás los mejores de mi vida, y como estos van siendo cada día más escasos, no puedo recordarlos sin cierta tristeza...

A menudo ha bastado una palabra vuestra para hacerme sacudir mis vacilaciones de escritor y para que dominándolas sintiera la fiebre de la producción artística que hace crujir los dientes y relampaguear los ojos.

Ahora os doy un buen abrazo muy fuerte y muy fraternal y os dejo para que continuéis la tarea comenzada.

Vosotros sabréis llevar adelante el periódico: contáis con espléndidos colaboradores (casi todos los jóvenes escritores americanos y muchos de la Península), con una regular administración la empresa marchará dentro de poco viento en popa, y por lo que a vosotros toca nada tengo que decir, se os ha hecho justicia: vuestros nombres suenan gloriosamente en todo Hispano América.

Dominici que empezó por escribir fantasías románticas, evoluciona rápidamente hacia el positivismo, hoy es en el periódico el porta-estandarte de la ciencia moderna; ya no es el escritor simbólico y originalmente subjetivo de sus primeras producciones, sino el observador implacable, el discípulo de Lefèvre y Letourneau; su estilo antes lleno de fulgores de pedrerías y de frases rítmicas es hoy claro y enjuto como tiene que serlo el del analista objetivo. Viene a la lucha abogando ardientemente por una idea; parece un convencido. ¡Feliz él!

Urbaneja Achelpohl con entusiasmo admirable en esta época de desalientos, trabaja incansablemente por aclimatar el criollismo, la pintura exacta de nuestra vida nacional, de continuar la obra iniciada por Romerogarcía.

Sois unos bravos luchadores que os acercáis día por día al lugar en donde crecen los verdes y frescos laureles. Vuestra contestura es propia para el combate, la mía no: me sobran nervios y me faltan músculos y glóbulos rojos; además, creedme, mi diletantismo era una nota discordante en el periódico y bastante dañino para el progreso de nuestra patria, porque, como observa Bourget, el diletantismo repugna a la humanidad, sin duda porque comprende por instinto que ella vive de afirmación y que la incertidumbre la conduciría a la muerte. En la anualidad es indispensable la firmeza de ideas para que la acción sea enérgica y el esfuerzo fructífero; ahora, precisamente más que nunca, necesitamos cultivar la Voluntad en nosotros y buscar la manera de desarrollarla en los demás, y por mi parte no me creo autorizado para destruir los buenos gérmenes que puedan existir en los otros por el solo gusto de satisfacer mi egotismo.

Vosotros os habéis trazado una ruta y vuestro paso tiene que ser seguro; os dirigís serenos y confiados hacia un ideal que brilla ante vuestros ojos como un lucero. Cuidad de que no os pase como el viajero que en la oscuridad de la noche confunde el fulgor de una estrella con la luz fatídica del fuego fatuo que surge de la podredumbre.

Tenéis una exquisita inteligencia, unida a un amor grande a lo bello y a lo verdadero, y sobre todo tenéis el sano entusiasmo que llena la cabeza de nobles proyectos y de consoladoras ilusiones y que pone alas fuertes a los hombres para pasar por sobre los peligros y puños de hierro para aplastar la necesidad.

Dos cosas os he de decir antes de terminar, oídlas con benevolencia, no son consejos sino simplemente opiniones sinceras de un antiguo camarada:

A Urbaneja Achelpohl, que haga mover sus personajes en un ambiente menos zolaesco, que los bañe en el sol caliente y rubio de nuestra zona tórrida y no en la luz opaca de los cielos nebulosos, que olvide por un momento el método un poco ficticio del maestro de Medan y nos presente en toda su simplicidad los gañanes bonachones y robustos de nuestra tierra, las hurañas campesinas cuyo áspero cabello desgrena la brisa que se trae de las montañas el olor húmedo del cafetal, y el acre de la chamiza que humea en los rosales, que se sienta menos en sus páginas el golpe del buril, y haya en ellas el desenfado del bucare que se tuerce y se retuerce caprichosamente cargando con un opulento ramillete de flores encarnadas, que se sientan en ellas las elegantes languideces de los cicales y la picardía del airecillo que dobla los tallos tiernos y hace cuchichear los cañaverales.

A Dominici que expurgue sus estudios de la nota pesimista que conserva como resabio de sus primeros escritos. El hombre de ciencia no tiene derecho a pensar mal de la naturaleza, explicándosela y comprendiéndola hasta en lo que aparentemente miramos como defectos, debe aceptarla tal cual es; el filósofo holandés lo dijo: «El sabio es el que participa con su pensamiento con la eterna necesidad de la naturaleza», y antes Marco Aurelio el estoico: «Estad en armonía con el cosmos». En el pesimismo hay un sedimento de misticismo, es la rebeldía de nuestras primeras creencias. Dejadnos esas escaramuzas ideológicas, por cierto bastante gastadas, a nosotros los contempladores irónicos del mundo.

Amigos, la labor os espera, un último apretón de manos, y ahora exclamad como el personaje de «La Obra» después de enterrar al pobre artista impotente: ¡A trabajar!

Yo me voy a mi cuartucho de estudio en donde a un lado el retrato de Renán sonríe maliciosamente y del otro el de Tolstoy arruga el entrecejo; en los estantes hay libros que me llaman cariñosamente, son antiguos conocidos a quienes casi había olvidado; todos están en formación, alineados como en el día en que los dejé, jamás había visto tanta disciplina, los lomos de los infolios están de fiesta por mi retorno y me parece que sobre ellos bailan una mazurka loca las letras negras y doradas.

Amigos míos, os ofrezco mi habitación; en mi biblioteca encontraréis la Imitación, alguna novela lúgubre de Huysmans, las obras de Spencer, muchos versos y creo que hasta un Manual del Cocinero; no tengo más que ofreceros sino un vinillo añejo, agarros de La Habana, varias sillas de paja y mi amistad de la que podéis hacer el uso que queráis.

Por mi parte no dejaré de ir algunas veces por allá, a beber cerveza con vosotros y a oíros discutir sobre estética, permitiéndome una que otra vez

meter mi cuchara en la conversación.

Saludos a todos esos buenos compañeros que tienen la chuscada de llamarse «bohemos».

A vosotros os deseo buena salud que es cosa importantísima para un escritor que no desea decir tonterías. Desconfiad de la dispepsia.

Para el periódico que quiero con toda mi alma (y cómo no, si puedo decir que es hijo mío) una muy larga y feliz vida.

Vuestro amigo de siempre,

PEDRO-EMILIO COLL.

Caracas: 14 de octubre de 1894.

* * *

CONTESTACIÓN

Señor Pedro-Emilio Coll.

Querido amigo:

Hemos leído tu carta Urbaneja Achelpohl y yo: la esperábamos, sabíamos que ibas a desertar muy pronto de la dirección de COSMÓPOLIS, pues esta manía que tenemos los modernistas, de no escuchar una palabra que no sometamos al análisis, nos había hecho entrever algo de una impresión que en ti viene evolucionando desde hace dos meses. ¿Cuál sea el origen de esa impresión, y por qué serie de sensaciones ha ido atravesando hasta determinarte a abandonarnos? Lo ignoramos; excusamos preguntarte porque tal vez tú mismo no podrías dar una forma convincente a tus causas íntimas.

Te dejas arrastrar por un deseo de tranquilidad mal entendido; te atrae una necesidad imperiosa de variar de vida, y te vas sediento hacia tus libros, sin reflexionar que acumulando más fuerzas en el cerebro, necesitarás mayor cantidad de válvulas para su desahogo, mayor cantidad de papel y pluma para equilibrar el estado activo de tu yo con su estado pasivo.

Tu temperamento esencialmente artístico, unido a tu espíritu observador, y a lo mucho que has leído y comprendido, te trazan uno de los caminos más brillantes entre los jóvenes de la nueva Venezuela, y creo que estás en el deber de dar a tu patria algo de lo que posees, y que no debes por ningún motivo, abandonar la lucha en momentos en que se necesitan luchadores.

Sin embargo, aceptamos tus causas íntimas, y las respetamos como una necesidad momentánea de tu espíritu, pero te advertimos que COSMÓPOLIS es tan tuyo siendo Director, como no siéndolo; y que estaremos siempre con los brazos abiertos, esperando ansiosamente que vuelvas a nosotros, por ley de atracción, como vuelve la piedra arrojada al aire a la superficie de la tierra.

Urbaneja y yo no podemos seguirte: nuestro deber está aquí, en la redacción: creemos que Venezuela necesita periódicos de esta índole, para demostrar a los otros países que tienen una juventud que escribe, con ideas, con tendencias, empapada en todas las literaturas, con pleno conocimiento de todos los progresos de las ciencias y de las artes. Es cierto que todavía no hemos logrado sostener el periódico, y que si ha vivido hasta ahora, ha sido porque nosotros tres no hemos omitido sacrificios de ningún género. Pero ¿qué hemos de hacer? Si el medio se presenta contrario es preciso luchar con el medio.

Urbaneja Achelpohl y yo no podemos cejar ante el camino que nos hemos trazado; sabemos que tendremos que luchar mucho más; seguiremos con cierta decepción; pero es necesario hacerlo, y lo haremos. Abandonaremos nuestro antiguo salón azul, buscaremos algún salón gris, que es el color que conviene a los que van a luchar con valor, pero sin entusiasmo, con fe en el porvenir, pero con tristeza en el presente.

¿Nos abandonas porque deseas tranquilidad en tu espíritu? ¡Dichoso tú que puedes aspirar a ella! Tú sabes que yo no la pretendo, tú sabes que en mí existe una sombra negra que necesito mezclar con la lucha de las ideas para que no me sea funesta; tú sabes cómo huyo del silencio y de la soledad. Tú eres tal vez el único que puede comprenderme, pues, todavía no hemos llegado a los veinte y dos años y ya hemos vivido juntos más de once; y porque fuera de todos esos deberes que da una amistad de media vida, tengo contigo otros que no he podido pagarte todavía: ¿no recuerdas que un día lloramos juntos en mi cuarto? Ese día yo no podré olvidarlo; te soy deudor de esas lágrimas que uniste a las mías, cuando yo tenía en las manos pedazos de azucenas y rosas muertas, cuando recostado sobre mi mesa, ebrio de desesperación, contemplaba la agarradera de plata de una

urna que ni siquiera me permitieron ver... ¿Te acuerdas de mis luchas en el cementerio?... ¿Te acuerdas del cruel perfume de aquellas flores que encontramos sobre el montón de tierra, y que ostentaban inocentemente las bellezas de sus corolas, sin sospechar que muy pronto comenzaría la palidez de sus pétalos, y que con la aurora del nuevo sol estarían marchitas y tristes, como la tumba que cubrían?... ¿Te acuerdas cómo comenzó mi evolución? Entonces tomé por primera vez la pluma para escribir mis dudas; y de entonces acá, tú bien sabes por cuántas luchas he pasado, y cómo se ha apoderado de mi organismo esa sed insaciable de luchar y de vencer; tú bien sabes por qué desprecio el misticismo y por qué amo la Naturaleza; tú bien sabes por qué conservo todavía en mis análisis restos de ese pesimismo, que dices debe rechazar el hombre de ciencia.

Me has obligado a lanzar al público un recuerdo de mis notas íntimas, pero en estos casos, uno no sabe ni lo que piensa, ni lo que escribe; se agolpan al cerebro las ideas, y las palabras a la pluma, y es necesario dejarlas salir, porque nos asfixian.

Deseo que obtengas toda la tranquilidad que ambicionas, y que encuentres en tus libros restos de las mismas impresiones que dejaste entre sus páginas antes de comenzar a luchar.

Deseo que en tu cuarto de estudio, cuando contemples la ironía de Renán y el aspecto apostólico de Tolstoy, cuando veas el monótono alineamiento de tus libros, y la indiferencia de sus lomos iguales; recuerdes que no es esto todo: que afuera, por las calles, hay mucho ruido y mucho polvo; y que adentro, en las conciencias, hay deberes que cumplir y sitios que ocupar.

Urbaneja te abraza, y se une a mí, en todos los puntos generales de esta carta; yo, no tengo nada que decirte; soy siempre el mismo para ti.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Caracas: 15 de octubre de 1894.

(Año I, Tomo II, n.º 9. —Caracas, 31 de octubre de 1894).

IV

A PROPÓSITO DE «COSMÓPOLIS»

Antes que todo a los que me pregunten por que regreso a COSMÓPOLIS, les contestaré con este rápido diálogo que leí en Nietzsche, y que vale por muchas páginas de hondo análisis:

—Me irrito y me avergüenzo de escribir; escribir es para mí una obligación.

—¿Pero entonces por qué escribes?

—Querido, sea dicho entre nos, no he encontrado otra manera de desembarazarme de mis pensamientos.

—¿Y por qué quieres desembarazarte de ellos?

—¿Es que lo quiero acaso? Son los pensamientos mismos los que me fuerzan a hacerlo.

A tiempo recordé este fragmento de *La gaya ciencia* que dice con una precisión admirable algo muy íntimo que en vano hubiera yo buscado palabras para expresarlo claramente. ¡Cuántas almas explica el filósofo alemán en esa corta y nerviosa charla de dos amigos!

Y ahora, creo que podemos pasar adelante y proseguir nuestra tarea.

* * *

Hay que considerar a COSMÓPOLIS desde dos puntos de vista: como órgano vulgarizador de la producción artística y científica extranjera y como paladín de la literatura patria.

El primer objetivo indigna o hace sonreír sarcásticamente a los que tomando el patriotismo por su lado simpático quisieran construir una especie de Pekín intelectual, rodearse de murallas y recibir a tajos y mandobles todo lo que huele a exótico y no tenga el sabor de la tierra.

Víctimas de una intransigencia casi noble, los que tal desean olvidan quizá la expresión de Emilio Faguet, oportunamente citada por un crítico americano, de que el patriotismo en materias literarias, consiste en enriquecer la literatura nacional con formas o ideas nuevas.

Por fortuna no es esa muralla suficientemente impenetrable, hay entre una y otra hilada de piedras imperceptibles intersticios por donde saben colocarse las ideas, y no son los muros bastante altos, para que por sobre sus almenas no puedan volar las palomas mensajeras que desde lejos traen la semilla germinadora en sus rosados picos.

Si esta revista tiene una marcada tendencia cosmopolita, no debe verse en ello un fatuo snobismo, una garrulería presuntuosa de rastaquoére, muy a la moda de hoy, sino algo más serio, una necesidad de nuestras almas inquietas, que solicitan en las literaturas extranjeras no sensaciones sino ideas, solución a los problemas que apenas salidos a la vida empiezan a torturarnos, aire, horizontes para nuestras inteligencias que por una ley de equilibrio buscan el nivel del progreso universal. Es una labor más bien ética que estética la que acometemos.

Abogamos por la solidaridad humana y la literatura es uno de los medios por la que ella se establece. Decía yo en otra ocasión que a la comunicación literaria entre rusos y franceses débese quizás esa alianza que desconcierta la Alemania y asegura la paz europea. Zola el maestro formidable, el cantor épico de *Germinal* da la mano por sobre Bismark a Tolstoy, el conde-moujik que en el fondo de la mística Rusia hace zapatos y libros inmortales.

Por los libros y periódicos que nos llegan de remotos países, conocemos el moujik ruso, el pescador bretón, el rudo noruego que corta con su hacha los pinos bajo la nevasca inclemente, ellos son hermanos del aldeano de nuestros campos, a todos agobia el fardo de la miseria y del trabajo; esta comprensión del dolor nos hace buenos, nos hace fraternales. La humanidad es una sola; en el piolo, en el trópico, en el Sur sufre y goza casi por las mismas causas con las diferencias que imponen los distintos medios. ¿No es esta una razón para que nos llamemos hermanos?

Dos grupos sociales trabajan ardientemente en esa obra de solidaridad, el de los pensadores y hombres de letras y el de la clase obrera que constituye esas vastas asociaciones internacionales en donde manos burdas están poniendo los cimientos de la Sociedad Futura. En el pesimismo de la época que atrofia la voluntad y predica el aniquilamiento, esos dos grupos representan el esfuerzo incesante de la inteligencia en acción, la ascensión del espíritu hacia el Ideal.

La otra faz de COSMÓPOLIS me parece por muchos respectos digna de atención. Siendo como es esta revista una especie de antología mensual de los escritores jóvenes venezolanos, en la que en críticas, novelas, poesías, va dejando cada uno parcelas de alma, es por consiguiente un excelente campo de inducción para el que anhele, si no proveer a lo menos presentir cuál será el porvenir de esta nación. Tras el consonante de un verso o el ritmo de una frase hay un pensamiento en germen, una visión especial de la vida que al alcanzar cierto desarrollo se resolverá en una serie de actos trascendentales de sumo interés para el sociólogo y el moralista. Hay que saber cómo piensan y sienten los que vienen para poder, o por lo menos procurar encauzar las nuevas corrientes psicológicas y lograr así que la evolución se efectúe armoniosamente y sin bruscas sacudidas.

Y a propósito. Piensan algunos que las generaciones que preceden a la nuestra han pensado poco en nosotros, y que nos ha pasado como al pequeño Eiloff, de Ibsen, que abandonado por sus padres sobre una mesa, cae al suelo y se rompe el espinazo. No sé hasta dónde sea verdadera esta desconsoladora aserción; lo que sí no puede negarse es que una pésima educación, una desordenada lectura y otras causas que no es oportunidad de enumerar nos han vuelto a casi todos tristes o escépticos; imberbe hay que por su escaso bigote y su exaltado pesimismo bien le caería el renombre de Señorita Schopenhauer...

Vosotros a quienes los años han debido dar experiencia y serenidad, oíd lo que vuestros hermanos menores dicen y escriben; ahora casi nos miráis con odio ¿por qué? No matéis con vuestra indiferencia nuestras ya escasas ilusiones; dadnos ejemplos de honradez y de buena fe, enseñadnos a realizar enérgicamente una alta concepción social o estética.

Compañeros: COSMÓPOLIS ambiciona la unión fraternal de la nueva generación, será este como uno de aquellos gimnasios en que los antiguos griegos robustecían sus músculos antes de ir a las palestras, como un vivac en que nos reunamos todos en la aurora de la batalla. La redacción no pretende imponer ninguna escuela literaria ni filosófica; exige sólo que seáis sinceros y tolerantes: la tolerancia es la caridad de la Inteligencia.

PEDRO-EMILIO COLL.

Mayo de 1895.

(Año II, n.º 10. —Caracas, mayo de 1895. Es la explicación de Pedro-Emilio Coll al reaparecer la revista, después de una interrupción de siete meses).

V

SOBRE LITERATURA NACIONAL

Ya estamos aquí: hoy como ayer venimos a abogar por el arte esencialmente americano. Nada nos falta para aspirar a un puesto en la literatura universal, sino un poco de buena voluntad.

No miremos hacia atrás. Escasa es nuestra herencia; y si tal hiriéramos, hagámoslo como aquel de nuestros héroes para legarnos un timbre glorioso: «volvamos cara», para rasgar viejos prejuicios literarios.

En los comienzos de toda obra, se tiene que luchar con el indiferentismo y es éste entre nosotros un fardo enorme: cansados de sacrificios sin resultados, los luchadores van perdiendo la fe, llegando a su máximo cuando se trata de asuntos puramente científicos o literarios. No contemos pues, con apoyo en nuestra tarea, ni aún con el de los que se ocupan de literatura: que a sus ojos, por la índole misma de nuestra tendencia, hemos de aparecer retrógrados, en estos hermosos días de pleno fanatismo por el ideal cosmopolita; pero no hay que desesperanzarse: es él una forma transitoria entre nosotros, en la que se verifica una manifestación del espíritu americano hasta ayer nulo, casi nulo en las modernas contiendas. Movimiento favorable a nuestro ideal es, sin embargo de sus rumbos diversos: sin guía, fluctúa en el tenebroso océano del pensamiento, esclavo de la trágica pesadilla del yo; fecundo tema, tan útil como difícil de explotar, y que en manos de sectarios trasnochados, degenera en mística enfermedad haciéndonos temer el reinado del claustro y la capucha. Lleva en sí mismo la muerte y morirá de consunción. Del inmenso naufragio, con los dispersos despojos, ha de construirse la nave salvadora, con pilotos experimentados en una época de crudos combates. Sí, los que hoy andan estropeando la idea para dar a la forma redondeces mórbidas, fingido nervio a frase muerta; y los otros, los que matan el verbo, el color, dando a las carnes la triste transparencia de los cirios imagen

de sus almas anémicas; estos desconyuntadores de cerebros que son la doliente caricatura de un estado de demencia de las almas, en no lejano tiempo buscarán nuestras filas huyéndole a la completa anulación de su obra. Dejémosles hablar: a más de uno he oído decir: «Son hechos aislados, no es el producto de un movimiento intelectual; lejano está el triunfo del americanismo». Embusteros, sabedlo: tenemos abuelos escasos pero abuelos ilustres, inmortales; porque palpita en alguna de sus obras el alma tropical; lo bastante para asegurarles el porvenir. Desde los bancos escolares conocemos alguno, cuando a martillazos nos metían tapones de sintaxis, glorificado por ser, dado su tiempo, el autor de una de las mejores piezas de aquel género. Después saltan otros de menor cuantía. Con la cuestión del idioma, acúsase de corruptores, de asesinos del dialecto. Cuando sólo pedimos usar aquellos términos producto de nuestra vida, sancionados por la costumbre. Inaceptable demanda según ellos, pues creen al idioma capaz de hacer literatura cuando solo es un medio. Véase si no cual sea en la escuela clásica española la causa de su parálisis y eso que las inyecciones intravenosas de doña Emilia se le van al corazón. Mientras duren en ese organismo articulaciones inamovibles, incapaz será de nueva vida.

Entre los varios adversarios del americanismo se encuentran los que consideran de mal gusto los asuntos nacionales. Menester es acabar con prejuicio tan fatal, pues ha malogrado a más de un escritor, entorpeciendo el desarrollo de la aspiración más legítima... ¿Acaso el buen gusto es patrimonio de determinados pueblos? No, todos los pueblos tienen un sentimiento artístico más o menos desarrollado, según el origen de su civilización, sentimiento variable con las aspiraciones de la raza y con las modificaciones del medio físico y moral; así vemos lo opuesto del concepto de la Belleza, por cuya perfección trabajaron los antiguos pueblos: entre la Esfinge Egipcia, severamente endurecida y el Apolo Griego, donde el mármol toma las imperceptibles curvaturas de la carne, hay un abismo; y sin embargo, son legítimos ideales. Representan la belleza según el modo de sentir de ambos pueblos; el buen gusto de que eran capaces, cualidad esencial del individuo, variable con el grado de impresionabilidad del artista, relativo a la belleza, lo bastante para socavar el erróneo juicio de que lo artístico es patrimonio de determinados pueblos.

El mirar los patrios asuntos alejados del arte, siendo productos nuestros, es un defecto de mera interpretación debido a una ligera falta de sensibilidad al medio. Su origen se encuentra en la prolongada

servidumbre de los autores a la clásica literatura española en más de las tres cuartas partes del presente siglo; tan servil, que llega a la imposición del asunto, así vemos obras tratar de todo, menos de lo nuestro; hasta la leyenda, obra de la genialidad popular, al ser compaginada por esas autoridades, ha perdido el colorido. Para fortuna nuestra no vivirán y merecido se lo tienen por su falta de dignidad. Fue éste el único pendón invencible para los héroes, desde la ciudad de Montezuma a las riberas del Plata; pero si Ayacucho, Carabobo, Junín, no destrozaron junto con los batallones españoles las imposiciones del ingenio, fueron el semillero de la evolución social que debía echar por tierra la herencia de la Colonia a la República. No era obra de los héroes la completa libertad del espíritu, sino de los pensadores.

La servidumbre a la escuela clásica española, es una de las causas del llamado cosmopolitismo.

Cuando éste llega a la escena, nos encontramos en un instante bien crítico: la juventud reacciona contra los descendientes de los abuelos coloniales; acentúase dicho movimiento a proporción que el espíritu se va independizando, al ser trabajado por nuestras guerras intestinas y por el cruzamiento. Cuanto más se levantan del nivel común nuestros amados héroes, los resabios de la vida colonial se van en las brumas del origen. Mucho, mucho han debido sufrir las generaciones precedentes, los abuelos de los que hoy llevamos veinte años, teniendo ellos mismos y entre sí ideales completamente distintos, algunos de los cuales no se han podido vaciar en un molde uniforme. Grande debió de ser su pena cuando todavía nosotros llevamos en lo íntimo las dolorosas agonías de la patria, que, con fiereza se lanza de tarde en tarde, a la conquista de ideales en los cuales cree apagar su insaciable sed de mejoramiento, sin tener en cuenta que su mal es producto de la fiebre desarrollada al fundirse elementos diversos en la fragua social. Y se comprueba esto siguiendo la marcha de la vida republicana. A la unificación del carácter seguirá el mal interno. Así trabajados nos encuentra el llamado por algunos decadentismo, y por otros cosmopolitismo; los cuales seguramente no conocen el origen, ni el ideal de ambas tendencias. Tenemos hoy sectarios de todas las entidades literarias europeas, la mayor parte de los cuales no ha seguido a ningún autor en el estudio de la tercera parte de sus obras. Y es con todos esos vicios que se desarrollan tales tendencias, propicio es el medio: los guerreros descansan de sus largas fatigas, nos encontramos en una de esas grandes treguas en que se suceden a los asaltos guerreros los asaltos espirituales, bulle la juventud en los claustros universitarios, y la guerra no

habrá de arrebatár más a la ciencia, sus sacerdotes, para ellos años atrás se ha dictado una ley librándolos de la cruenta obligación. Desea soñar, se encuentra sin compromisos literarios con el pasado; ni odia ni ama, porque el escepticismo no se ha hecho para sus almas; se necesita algo nuevo en donde gastar las energías latentes de un cerebro virgen, y no hay que desesperar; alguien ha dado aviso cayendo de hinojos ante un sol deslumbrador: lo brusco del cambio ofusca y la turba sin detenerse a examinar de dónde viene tanta luz, se lanza más que todo a una gimnasia retórica y epistolar. Se ven surgir reputaciones y desaparecer con la misma prontitud; un artículo completamente exótico basta para ser consagrado; mas pronto el asunto escasea cayendo en lo ridículo y vienen los tormentos cerebrales; cunde el desaliento; en tanto la nueva aurora nos anuncia el porvenir. El genuinismo ha de imperar a costa de los adversarios del decoro americano.

Venid, pues, mis hermanos, con la flor espontánea de vuestras inteligencias. Asegurado está para nosotros el porvenir: en el presente nos toca ser incansables, trabajar, con orden observarlo todo y en el instante de escribir dejar obras de temperamento.

Dogmatizar es imposible en las literaturas nacientes; nada se pierde en las obras en común, pues a quien le falta aroma le sobra matices, para alguien el término medio, es la belleza relativa. Observación y sinceridad, he aquí nuestro único medio. Trabajemos.

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.

(Año II, n.º 10. —Caracas, mayo de 1895).

VI

MÁS SOBRE LITERATURA NACIONAL

Nada más hermoso que el objeto del americanismo: ser la representación sincera de nuestros usos, costumbres, modos de pensar y sentir, sujetos al medio en que crecemos, nos desarrollamos y debemos fructificar. Ahora bien, se presenta en la forma naturalista, obedeciendo a que en los pueblos relativamente jóvenes, influyen mucho más las sensaciones del orden natural, en tanto sean menos complicados los fenómenos psicológicos. Digo esto, porque hay quienes se dan en propagar que, los que luchamos por el americanismo, no hacemos otra cosa sino recortar nuestros asuntos según la escuela naturalista; suponiendo la obra de los escritores voluntaria, cuando éstos no son sino resultantes o intérpretes de su época; y si ejercen influencia en ella, es debido en gran parte, a que, gracias a su gran sensibilidad al medio, descubren antes que ningún otro ciertos hechos generados por causas latentes, los cuales estudian y analizan; resultando de su libre interpretación ideas al parecer personales, puesto que han atravesado el prisma de su yo, tomando el colorido de ese temperamento. A esto añádese que el predominio de las ideas de un autor proviene de la imitación del medio que lo rodea. Pero otro es el origen del naturalismo americano, tan espontáneo como nuestras flores silvestres: flor del alma crecida al calor de nuestros corazones de patriotas.

Continuemos. El naturalismo es esencial en toda literatura naciente; sufre modificaciones con relación al carácter de los pueblos y al momento histórico de su aparición. Así el objetivismo, la más simple de sus formas, es el alma en las literaturas que nacen: rudo, salvaje, como los peñascos de las vertientes, un tanto idealizado según el carácter de su país natal;

simplecillo en los cantos suecos, rudo en los escandinavos, taciturno en el alemán, picaresco en el español, colorista en el provenzal. Este naturalismo es un momento en la infancia de los pueblos; a proporción que la sociedad se complica, se transforma, siguiéndolo en su desarrollo, lo vemos aniquilarse, sucumbir con el florecimiento del espiritualismo. Pues bien, en parte el americanismo reviste esa forma haciéndose sensible bajo un acentuado colorismo. En la «Silva a la Zona Tórrida», palpamos el objetivismo, el que sorprende, seduce, hasta llegar a hacerse imprescindible al autor, el cual, dejando obrar libremente su temperamento, en un arranque sostenido de sano y viril egoísmo y que en él era el recuerdo del ausente hacia la virgen patria, triunfa haciéndolo proclamar el príncipe de los poetas americanos. Hay en ella derroches de luz: el colorismo salta de verso en verso: en instantes parecemos ver al rayo luminoso culebrear describiendo los objetos; ya corre circundando la Zona, ora reviente en rojos destellos en la abultada mazorca del cacao. Si notamos decaer al autor, es siempre que predominan en él las ideas reinantes entre los escritores americanos de su época, sujetos a la escuela clásica y sorprendidos por el romanticismo.

Comienza a cuajar nuestra literatura con el objetivismo, pero no es solamente esta forma la que en la actualidad reviste. Cuando vuelven a aparecer piezas de un carácter marcado americano, se ha operado ya en la humanidad una gran revolución nacida en la fórmula experimental, la que se impone en las ciencias y en las letras por modo tan radical, que los mismos luchadores se han acobardado ante la inmensidad de la obra, engendrando, con su grito de alerta, la poderosa reacción, la cual ha de barrer con los excesos, librando de obstáculos la marcha indefinida de la humanidad. Aparece en nosotros esa forma, ensanchando el objetivismo, con la magistral Peonía: semi-novela, como dice el autor; bocetos característicos de personajes, costumbres a grandes rasgos, Venezuela salvaje y servil con todos sus dolores y heroísmos. De sabor llena la boca; en colorido falla; un rayo de luz chispeando en las descripciones, hubiera hecho mucho más que el detalle ajustado, pero opaco: la frase vibrante y colorida se encuentra en todas las clases sociales venezolanas.

Peonía viene a decirnos: tomad la pluma, que he sorprendido en su lánguido cantar a la Soy-Sola en el taral en flor, entre los gajos de estrellas de oro, de negros centros, brillantes y carnosos: seguid mis huellas por las laderas, cuando vagan las muchachas tarareando la última canción, cargadas con sus haces de chamizas y los negros cigarrones zumbadores se embriagan en los morados cálices de las parchas silvestres, y algún ojo

juvenil y mal intencionado, ¡se extasía mirando detrás de los troncos las choquezuelas Bronceadas! Con ella comienza de nuevo la lucha; ya los jóvenes iniciados contamos con un árbol corpulento a semejanza de nuestros samanes, a cuya sombra robustece nuestro ideal en las horas de decepción. Por más que los pequeños la señalen con el dedo, con ella confundiremos a todos los adversarios de la literatura nacional. Una obra tan característica como *Peonía*, no es hija de la mera casualidad como algunos críticos murmuradores la consideran; sino la hija legítima de una larga e inconsciente gestación de la literatura americana. A la formación de una tendencia concurren elementos diversos, los cuales se hace imposible señalar en la masa común. Si fuéramos a buscar el americanismo en ese período, lo hallaríamos en todas las publicaciones hechas en el Continente. Sus más acérrimos adversarios, sin darse cuenta, algo le deben; nada consiguen en su afán de alejarse, sangrando sus sentimientos, estereotipándolos, en la obra ha de aparecer una frase rebelde, un pensamiento del que no se da razón, un giro desconocido; todo lo cual obedece a ese medio de que desean sustraerse. Sin embargo, no transigen los que siempre han vivido de la imitación, con esta nueva ruta abierta a las letras americanas. Según ellos, con la nueva tendencia, sólo se obtendrá, a la larga, descriptores relativamente buenos, sin que jamás lleguen a traducir las sensaciones causadas por nuestro medio en las almas. En su servilismo niegan todo: patria, costumbres, medio, pronosticando desde ahora, que nuestras obras serán algo así como si fueran redactadas por Pereda o Pérez Galdós, de paso por Venezuela, o a manera de las de Amicis, inspiradas por los Países-Bajos o Marruecos. Pero no veo razón para ir tan lejos: ellos nos dan el ejemplo con su literatura de pura imitación, causa de que sus obras adolezcan de vida, sufriendo a perpetuidad una virginidad irritante. Fúndanse para tales aseveraciones en que no representamos un grupo étnico. En verdad no lo somos, lo cual nada quita para tener una literatura; además existe este componente en nuestra masa social; día por día se lo absorben africanos y europeos: mezcla cuyo producto en las pocas generaciones, ha perdido todas las cualidades características de sus progenitores, obteniendo las propias; y así notamos un desarrollo intelectual mayor al de los tres abuelos y uno físico menos voluminoso y más denso que el del europeo y más potente que el de los tres aislados. En su complexión orgánica la grasa se quema en abundancia, motivo por el cual, a la simple vista, no parecen ser ricos en esa sustancia; desarrollándose los músculos cubriendo los huesos sin la abundante separación fibrosa del europeo. En el desfile de un cuerpo de ejército, en invierno, he visto mil

piernas de casi igual desarrollo, con unas pantorrillas musculosas todas; y eran aquellos hombres delgados e hijos de los campos vecinos de la capital; de amazón resistente aunque relativamente delgada. En el anfiteatro he contemplado con angustia columnas, paletas, pelvis, que seguramente en vida habían soportado por seis o nueve horas diarias trescientas libras. Tan acostumbrados estamos a los esfuerzos, que, indiferentes pasamos por las puertas de las casas de consignación, sin reparar en hombres de mediana estatura, delgados, cargando con tres sacos de café sobre un mismo hombro, o sean tres quintales, y eso con una alimentación cuya base es el grano. He sido pródigo en estos detalles porque se nos acusa de degenerados. Degenerados moralmente pueden encontrarse los hombres de cierta esfera social, pero no el pueblo que en su sana ignorancia desconoce sus vicios. Ya conocemos esa degeneración, falta de moral política en un grupo: las nuevas generaciones, salvadas de su contacto barrerán con ella. Continuemos nuestro estudio. Vivo de carácter en igualdad de clase social, nuestro pueblo no tiene la insensibilidad del europeo; gústale empicar la palabra colorida; jamás olvida el calificativo; piensa por imágenes; le es inseparable el comparativo. En su estética predomina la línea amplia; por eso le seducen las palmas, los troncos de las ceibas, donde la imperceptible línea que anima su esbeltez realiza los prodigios de las curvas en las carnes. Los ojos del artista, con esos modelos de la naturaleza desde niño se acostumbran a la realidad de las líneas idealizadas en el conjunto; las serranías que nos circundan, con su alígero abultamiento hacia la base, como jóvenes vientres, fijan en el cerebro las complicaciones de la curva; las sabanas inmensas, la severa línea; la flora, las maravillas del color; toda la escala del rojo, del verde, del negro, del amarillo y del azul, junto con sus complicaciones: así encontramos centros negros encajados en cálices de oro, en el pálido morado de las flores de mayo, la vena roja. Lo deslumbrante para sus ojos: por eso ama los tonos fuertes, brillantes y bien determinados de nuestras puestas de sol. ¡Y a este pueblo se le cree incapaz de tener un arte y una literatura!

En la presente cuestión literaria, no sólo está interesada nuestra dignidad, sino la fibra legal de la Patria; pues un pueblo que no posee la manera genuina de expresar sus sentimientos no tiene derecho alguno a aspirar a un puesto en la armonía universal. Entre los varios medios que cuentan los pueblos para el sostenimiento de esa fibra, es quizás el cultivo de una literatura nacional el de mayores resultados, cuando existe una historia patria rica en virtudes, las cuales pueden aplicarse a aquel medio social que, desviado de su cauce natural adolece del más noble y necesario

de los sentimientos, el del patriotismo; lo que desgraciadamente proviene en Sur América de la falta de una fuerte cohesión entre los pueblos, la indolencia de los gobernantes y de los pocos hombres que, haciéndose superiores a su medio por el estudio, no lo fomentan. Los pueblos inconscientemente se seleccionan; así vemos cómo en las naciones del viejo mundo aumenta la fe patriótica. En estos últimos años bastantes ejemplos nos han dado, con sus motines en las calles, pidiendo reparación de insultos que entre nosotros pasarían inadvertidos, con su prensa animada por el verbo incandescente del patriotismo, siempre alerta, y con gobiernos que no ocultan los vejámenes. Quién sabe si Alemania y Francia no fueran lo que son, sin su duelismo a muerte, sin su eterno odio. Santa es la venganza cuando sostiene a los pueblos en la lucha por la supremacía. Hagamos todo lo posible por contrarrestar, mejorándolos, los efectos del cruzamiento de razas enteramente opuestas, que si perfecciona sus productos, lo hace a expensas de creencias hereditarias y del afecto hacia las tradiciones de los progenitores, de las que no pueden prescindir los pueblos para ser aptos a larga vida y continuado progreso.

Ahora bien, nosotros no nos hallamos en ese caso: tradiciones tenemos y la dicha de ser los primeros entre los pueblos belicosos de América. La Nación puede vanagloriarse de haber repartido héroes, marchando al son de las dianas libertadoras, desde el bravo Mar Caribe revoltoso como nuestra sangre, hasta el hermoso país del Rimac. A eso agréguense los cruentos disturbios intestinos, los cuales han trabajado el carácter, pues avivando las pasiones se da energía a las almas y cohesión a los pueblos, con el triunfo del más fuerte que impone siempre sus creencias. No debemos desconsolarnos, sino amar la Patria. Esas guerras intestinas para las que siempre se tiene un reproche, mucho bien nos han traído junto con sus calamidades. Si lo dudáis, ved lo que éramos. La patria extensa, semi-salvaje; diseminados aquí y allá los pequeños pueblos, como las matas de las llanuras, los oasis de las sabanas tropicales; sin vías de comunicación, unidos entre sí por un débil espíritu de nacionalidad, criaderos de hombres, hatos humanos bajo el yugo de algún cabo afortunado de la magna guerra, el que en su pedantería rural era el vivo remedo de sus jefes; juguetes de las aspiraciones de las entidades del machete, las cuales desde los centros más fuertes vivían amagando con disturbios a los gobiernos establecidos. Luego aparecen los partidos políticos con todas sus charcas de sangre, involucrando, sin embargo, un gran paso hacia la unificación, pues con el triunfo del más fuerte comienza la catequización de los vencidos, lo cual ya ha dado sus resultados: las doctrinas del más fuerte se han hecho

nacionales. Recorred la zona del pasto, la de los valles, la de los bosques: el habitante de todos esos lugares no tiene sino un mismo credo. En nuestra Patria hoy no existe sino una lucha entre los hombres de buena y de mala fe. No entremos en la cuestión moderna, sigamos nuestro estudio por épocas, de las que sólo tenemos noticias, gracias a la Historia. En medio de aquellas guerras, se generalizaba, el cacicaje, llegando a encontrarse, hasta en el más simple caserío, media docena de aspirantes; espantos del señor, los cuales minaban su poder. Esos efectos de la guerra sin descanso, la guerra se complace en destruirlos indirectamente, pues despertando la virilidad en las almas, ha hecho del campesino, de retorno a su tierruca, un veterano. Ya no es el mismo hombre; no siente aquel dulce apego a la vida de cuando dejó el rancho, junto con sus amores en plena juventud. Vuelve tostado por el sol, se ha hecho hombre en medio de los combates; bajo el liquiliqui ocultas lleva grandes cicatrices, cada una de las cuales recuenta una épica historia cuyo solo recuerdo basta para tener siempre vivo el amor a la causa y despreciar los peligros. Necesariamente busca el hogar, encadenándose al trabajo, en tanto que los hijos crecen al calor de sus hazañas. A ese hombre no le inspiran gran respeto los caciques actuales; si por casualidad los disgustos agrian sus relaciones, viéndose en el compromiso de defenderse tras alguna empalizada, se bate con su machete como toro cimarrón perseguido por el tigre; si logra escapar con vida y le siguen molestando, se la pagan, cuando menos se lo piensa con un tiro de cachito.

Con hombres tan resueltos los caciques pierden el prestigio en las localidades, viéndose obligados a buscar el apoyo de los jefes más influyentes en el gobierno general. Y comienza esta nueva forma del personalismo, no ya del prestigio militar, sino la de amparo, pues aquel otro se ha marchado junto con los grandes prestigios militares. Así nos lo dicen los datos históricos de estos últimos años, en los cuales todo se ha reducido a trabajar por su extinción. Las revoluciones verificadas no han tenido otro objeto, ya que no se disputaban principios triunfantes desde hace muchos años, sino destruir el último de los personalismos. Quién sabe si el más útil, pues su jefe dio el tono al período que comenzaba: en todas partes se le imitó mientras llenaba una necesidad social para nosotros, decayendo con la reacción del espíritu de variabilidad de los pueblos, el que los libra del estancamiento, rejuveneciéndolos siempre.

Como hemos visto, a los partidos políticos trabajar inconscientemente en la unificación de un carácter, con la imposición de unas mismas creencias, así mismo, si cultivamos una literatura nacional acentuaremos

nuestro carácter, teniendo siempre fijos ante la masa común, usos, costumbres, modos de pensar y sentir.

Muchos son los medios de que disponen los pueblos en esta labor interminable; sinnúmero de fuerzas sociales concurren a ese fin; entre ellas la literatura le es una de las más propicias. Cultivémosla en todas sus formas. La historia patria es el más rico de los filones; nuestra sociedad es mina inagotable de novelas, cuentos y poemas. Desde la simple narración hasta la complicadísima novela de pura psicología; desde el canto pastoril a la epopeya. No nos dejemos seducir con la fraternidad hija de la reacción, dejémosla barrer los excesos de las escuelas y continuemos nuestra obra; que en aquella hay más misticismo que filantropía, más odio que amor a la humanidad. Por el ensanche de sus doctrinas juzgamos lo imposible de su triunfo; necesario le es a la sociedad el holocausto del débil para el fuerte. Hacer menos desesperante se puede la lucha, pero no resisten vallas a ese monstruo alimentado con sangre, dolores y heroísmos que se llama sociedad.

Esta fraternidad, hija de un exagerado misticismo abre su campaña literaria, escudándose tras la psicología moderna, que en sus manos deja de ser experimental, volviendo al regazo de San Francisco de Asís y al de los buenos frailes filósofos. Nuestra literatura, hija de la imitación, se refugia en ella encontrando un medio de excusarse de su indignidad. Bien merecen estos señores su Fernando VII. Nuestra juventud académica del porvenir, husmeando el próximo fin del clasicismo, palpando la anulación completa de la escuela romántica y titubeando aún en enlazarse al americanismo, por ser, según ellos, demasiado grotesco y vulgar para el arte, se da en seguir a su modo el movimiento reaccionario, del cual ya estamos viendo los resultados: la psicología huye de sus páginas, presentándonos el eterno cuento en una retórica de filigranas. El sistema es bien conocido: se forjan un tipo, a cuya formación concurren los datos tomados al vuelo en sus largas lecturas de autores franceses, y le prestan su temperamento: así, si el temperamento del autor es bilioso, su pobre tipo recorre todas las escalas sociales, sosteniendo una lucha terrible con sus ideas en un medio hecho al mazo; si erótico, una hembra, niña harapienta, o mujer del gran mundo, o señorita de la medianía, víctima de una sangre que le quema las venas: carne rebelde como diría San Francisco de Asís; si linfático, las dolencias de un montón de carne, pálido, sin nervios: odios de organismo escuálido a vista de tórax musculoso y caderas amplias. Es de notar lo fecundo de sus cerebros y lo pródigo de su terminología. No existe trabajo en su obra, porque es ésta de pura asimilación.

¡Oh! Juventud, «la grotesca y vulgar» criolla, la que ama a sus héroes, venid a trabajar en la obra del porvenir: en vuestras manos ha de transformarse la materia en bruto de los asuntos nacionales en la Flor del Arte, delicada y oliente como una flor de mayo.

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.

(Año II, n.º 11. —Caracas, junio de 1895).

VII

NOTAS

En la primavera del año pasado nos reunimos Dominici, Urbaneja Achelpohl y yo, para fundar una revista literaria semejante a las que por aquel entonces (parece ya muy lejano) surgían día por día en Centro y Sur América. Eran los buenos tiempos del decadentismo que fue una intensa y pasajera neurosis que corrió como un largo escalofrío de uno a otro extremo del continente, que sacó de la inercia a algunos y puso la pluma entre los dedos a muchos amantes tímidos de la sagrada Belleza. El turbión ha pasado un tanto; de aquella época nos quedan algunos refinamientos de estilo y por reacción, me parece notar, una más justa observación de la vida real y mayor profundidad en las ideas; pero sobre todo nos queda la fraternidad que una mutua simpatía de gustos y de sentimientos estableció entre los jóvenes escritores americanos, fraternidad que Eloy G. González compara a un inmenso cable de inteligencias tendido desde las riberas del Hudson hasta las bocas del Plata.

Teníamos Urbaneja, Dominici y yo muy vacíos los bolsillos pero muy llenos de ilusiones los cerebros y fundamos la revista con el nombre stendhaliano que nos sugirió la novela de Bourget, echando a un lado la cuestión económica tan importante para el sostenimiento de un periódico literario entre nosotros; en el camino se enderezan las cargas, decíamos, pero oportuno es añadir que a la hora presente no se han enderezado. Los tres nos presentamos audazmente como innovadores, casi sin títulos para ello: Dominici había cantado en algunas estrofas en prosa un dolor íntimo, la eterna partida de un ser querido; Urbaneja con pequeños bocetos y fantasías había hecho sus primeras armas, y yo tenía por todo bagaje literario dos o tres artículos insignificantes; pero el público fue tolerante, comprendió lo que había de ingenuo en nuestra efervescencia revolucionaria y perdonó nuestras osadas tentativas en virtud de las buenas

intenciones que nos animaban —así lo creo al menos—. Ojalá monseñor el Soberano no se arrepienta nunca de haber sido bondadoso con nosotros.

El Charloteo, pedantesco y sincero al mismo tiempo, con que abrimos la campaña, dice muy bien cómo pensábamos y sentíamos en esos días. Dominici charlaba con un escepticismo capaz de desconectar al más pesimista filósofo alemán. Urbaneja mezclaba los nombres de Ibsen y Verlaine con los de las legumbres y flores tropicales, y yo fingía un aplomo burlón que visto desde aquí me parece, dicho sea entre nos, un tantillo ridículo. Mas el Charloteo pasó y el número entero cayó simpático y fue recibido con raro entusiasmo por la atrabilaria juventud y por el público en general, amén de uno que otro espíritu académico que se sintió acometido de un violento ataque de dispepsia por el atropello que hacíamos a la gramática y al buen sentido.

Poco a poco el salón de redacción se vio visitado por casi todos los que aquí se entregan de rato en rato a la literatura; los sillones azules recibieron entre sus acolchados brazos los poetas y prosadores de la nueva generación; allí se oyó la voz metálica de Cabrera Malo y la displicencia de Andrés Mata, allí se vieron la sonrisa de Eloy González, el bigote rubio de Churión y la barbilla negra de Gabriel Muñoz, al generoso Torres Abandero y al nervioso Santiago Key y a tantos otros, algunos músicos como Redescal Uzcátegui y Salicrup y pintores como Vicente Gil y Ruiz, hijo. La colaboración extranjera no se hizo esperar y los amigos nos tendieron la mano en el Nuevo y Viejo Mundo.

Quizá no te importe nada de esto, amable lector, pero son recuerdos muy gratos de cosas muy tristes, porque ya pasaron y que, se agolpan en la memoria con motivo de que COSMÓPOLIS termina con el presente número el primer trimestre de su segunda etapa.

No me toca a mí decir la influencia que haya podido ejercer COSMÓPOLIS en nuestra vida intelectual, en el reflorecimiento literario de estos últimos meses, pero es probable que haya despertado una noble emulación entre los jóvenes escritores venezolanos.

Hoy no hay en nuestra redacción las bulliciosas discusiones, las alegres charlas de antaño, muchos amigos se han cansado de serlo, otros se han ido lejos; Mata, tan buen poeta como mal administrador, ha ocupado el puesto de Dominici, mi viejo camarada, que allá en París se satura de arte y de ciencia y va a oír la Misa Blanca de la Venus de Milo con una antropología bajo el brazo; Urbaneja predica el criollismo y atrae

numerosos adeptos a su escuela. ¡Oh! ¡El excelente muchacho que es ese Urbaneja de la larga melena y que bien merecidos tiene sus triunfos! Él, que empezó entusiasta por la «escritura artística» por la orfebrería deslumbrante, ama ahora las áureas puestas de sol, la voz cristalina de las acequias, el fresco olor a caña de los rapiches, el humillo perezoso de los ranchos y los grandes bueyes bondadosos.

Y yo por mi parte, indiscretamente lo confieso, me siento orgulloso de las buenas intenciones que tengo para contigo. ¡Oh, mi querido público! Que benévolo una vez más, sabrás perdonarme estas notas íntimas, rápidamente escritas, que se vienen a la punta de la pluma en este instante en que los recuerdos pugnan por escaparse como una bandada de hojas secas.

PEDRO-EMILIO COLL.

(Año II, n.º 12. —Caracas, julio de 1895. Último artículo del último número de «Cosmópolis»).

VIII

LAS MUCHACHAS CORIANAS

Desde que se mira tierra, tristeza infinita invade los corazones.

El ramal costanero de los Andes Venezolanos ostenta sus primeros contrafuertes en La Vela y va a perderse en los caños de Maturín; de La Vela a la Goajira la costa es baja defendida por bancos, arrecifes, rompientes y manglares.

Y yo por mi parte, indiscretamente lo confieso, me siento orgulloso.

La bahía de La Vela es llana y poco segura; los miserables casuchos del puerto se alzan al pie de Mataruca y Peñas-Blancas, teatros de más de una batalla y testigos de más de una proeza.

Hemos pisado tierra, hemos hollado los dominios de la esterilidad y la pobreza.

En La Vela no hay más agua potable que la extraída de algunos algibes; porque en Coro, como en los Llanos, como en California, el agua parece avergonzarse de la miseria del suelo, y corre subterráneamente.

La tierra es roja, cargada de sales de hierro; así se explica la hercúlea musculatura del coriano.

Coro es la patria de los cactus y los agaves; por donde quiera se alza un maguey; el cují señorea como soberano, y el bermejo matiz del suelo apenas es roto por los cardones, las tunas, los buches y las lejarias.

La perspectiva es siempre la misma; tierra roja, cardos, espinas y pencas de hisopo y de cocuiza.

Las cabras crecen y se multiplican allí más de lo que la leyenda bíblica haya podido presumir.

Y por sobre esa tierra seca y cascajosa, un cielo siempre azul, un sol de estío y una luna melancólica y sonriente, como la inspiración de Polita de Lima y Carmen Brigé.

* * *

La ciudad de Coro es la ruina de un convento español; sus edificios parecen barracas y sus calles rondas.

Es la ciudad del silencio.

Yo la conocí durante la guerra; nuestras tropas entraban y salían; pasaban revistas y maniobraban, sin que se hiciera sentir en el poblado el trajín de nuestros batallones.

La corneta misma moría en la puerta del cuartel.

Mientras estuve allí fui presa de mortal angustia; parecíame que estábamos al frente del enemigo y que nos dominaba la perplejidad precursora del desastre.

¡Oh Coro! La ciudad de Alfínger y la Guipuzcoana, nacida al calor de un monopolio, teatro de la avaricia de los conquistadores y colonizadores ¿acaso conservas el sello melancólico de las amarguras de tu infancia?

No ha bastado a hacerte grande la grandeza de Falcón; inmortal la inmortalidad de Zamora; eternamente alegre y eternamente joven las dianas de Buchivacoa y Purureche, de Taratara y Mapararí, de los Chucos y La Peñita, de Cumarebo y Pampano?

¿No conservas acaso el eco viril de tus oradores, el canto de tus poetas, el himno de tus héroes?

Ciudad heroica, niña envejecida, permíteme evocar tu gloria en el destierro y saludar en tus hijas el renacimiento de la Patria Venezolana.

* * *

Las muchachas de Coro dicen que Polita de Lima fundó la SOCIEDAD ALEGRÍA en una época de profunda tristeza; huelga pensar cómo sería esa loza de plomo cuando ellas, habituadas al medio, ¡sintieron su enorme peso!

Coro —olvidaba decirlo, es una ciudad judía, pero incircuncisa; todo lo que no cabe en la usura de Curazao se va allí; se aclimata y evoluciona tan bien y tan rápidamente, que un respetable hebreo ha inventado la manera de sacarle dos cueros a un chivo.

El judío se establece en un zaguán, despliega sus guerrillas, y cuando ya tiene una mesita, se casa; para ello adopta la religión católica, porque las

corianas no apostatan; ellas dicen que tanto vale atrás como en la espalda.

Y estos conversos, son católicos apenas durante la ceremonia nupcial; al día siguiente vuelven a ser judíos que no aguardan el Mesías sino el bolívar.

Todo allí es prolongación; y todo es uñas: las narices, el óvalo del rostro, los brazos, las manos, los dedos... todo se estira y todo agarra.

Y en ese medio su génesis, en esa ciudad cementerio, es donde Polita ha levantado su tienda y su tribuna.

Ella no es Ruth, no es Débora, ni Dalila; tampoco es Norma ni es Irúa; es, y eso basta para su gloria, una civilizadora.

Burla burlando nació la ALEGRÍA el 18 de febrero de 1890; la primera acta la pusieron en verso; luego fundaron un periodiquín manuscrito y lo bautizaron El Chistoso.

He ahí la primera piedra de esa estructura que admiramos desde las playas del Norte, como único templo alzado en Venezuela al culto de la mujer.

A los 15 números de El Chistoso apareció Flores y Letras, «edición impresa» —dicen ellas llenas de noble orgullo— que circuló el 30 de julio de 1890.

A los cinco meses se convirtió el gusano en mariposa.

El ejemplo cundió: tras la Alegría vimos aparecer la Armonía fundada por otro grupo de muchachas inteligentes.

Polita va a la cabeza de la obra civilizadora; la siguen treinta o cuarenta cabecitas negras que, cuando quieren, vierten luz.

¿Qué propaganda más simpática que esa que va envuelta en los perfumes tibios del tocador y arrullada por la dulce voz de una mujer?

Ellas tienen ya una Biblioteca, rica en autores venezolanos; después de la de Potentini —dice un amigo— es la colección nacional más completa.

Han emprendido toda la labor civilizadora: han levantado un teatro, han iniciado conferencias científicas y artísticas, y han puesto la primera piedra del monumento a Zamora.

Honrando a ese héroe invicto, al creador de la estrategia venezolana, han honrado a las aguerridas huestes de Coro, que a las órdenes del Cabito comenzaron a irradiar en Taratara, culminaron en Santa Inés, el Corozo y Curbatí, para apagarse en Coplé y renacer de sus cenizas en Quebrada Seca.

* * *

Polita es la primera mujer venezolana que ha ocupado la tribuna... en los últimos 24 años es la única que ha hecho una lectura.

No hablaré de sus versos, conocidos hoy en todo Hispano-América; a ella, como a todos nuestros escritores, le son desconocidos cuatro capítulos de estética que no existen en los libros de arte: el culto de los niños, el culto de las flores, el culto de los pájaros y la fecunda evolución del cerebro al gélido soplo del invierno.

Andrés Bello, Gutiérrez-Coll y J. A. Calcaño los aprendieron en Europa; Pérez Bonalde en esta tierra de la Libertad; por eso son ellos astros magnos en el arte nacional.

La obra poética de Polita, su labor de artista, no vivirá, porque flaquea por su base; esas estrofas llenas de música, con curvas de senos vírgenes y combas y contornos griegos, desaparecerán ante la ola renovadora de la nueva escuela; no hay que buscar modelos en las literaturas muertas o moribundas; la forma nacional-indígena, como la llama Zumeta, está en la patria; y el ideal es uno en todos los pueblos nuevos.

Pero de la civilizadora quedará más que el nombre, la enseñanza: esa muchacha, ha dado un grande ejemplo, protesta enérgicamente contra el oportunismo de toda nuestra vida independiente: sólo arraigan y florecen las civilizaciones que parten de la emancipación de la mujer.

Los castores edifican casas de tierra como las de Venezuela; pero han alcanzado perfección, porque sus hembras no llevan en el vientre héroes, poetas, estadistas y libertadores, como llevan en el suyo las mujeres.

El que quiera civilizar, que alce templos a las mujeres; que dignifique y levante el molde que brota los obreros del progreso.

Carmen Brige no ha querido mandarme su retrato porque «no se cree merecedora»... Esto, como dice Polita, es una corianada.

Polita no me manda el suyo «por vanidad» —escribe— ¡«porque soy muy fea»!... ¡Pero así fea es tan linda!...

* * *

He sentido siempre vivo deseo de leer lo que escriben las mujeres por saber cómo piensan; y sin que mis palabras ofendan a ninguna dama confieso que sólo me satisfacen dos escritoras hispanoamericanas: Marieta Veintemilla, por la seguridad, amplitud y serenidad de su criterio, y Polita de Lima, por la sinceridad de que da pruebas a cada instante.

No he pretendido nunca hacer un paralelo entre ellas dos, porque no se adaptan a un cartabón: Marieta, juzgada a distancia entrevista en su juicio sobre Madame Roland, es una escritora de combate, una hembra insurrecta que toca dianas y hace fuego, y en cuyas filas se espera la muerte alegremente.

Marieta entusiasma.

Polita va por otros caminos: vive en una sociedad que no puede apreciarla en lo que vale, porque no concede el favor de su atención a los generosos esfuerzos ni a los nobles merecimientos; por otra parte, ella se agita entre una red de preocupaciones que la atrofian, y no tiene suficiente audacia para descargar su hacha, sobre la cabeza de los hipócritas.

Marieta sabe cómo se escupe al rostro de los mojigatos y cómo se dan de puntapiés a la canalla.

He querido unirlas en este escrito, como unidas las tengo en mis observaciones: ¡ojalá ellas dos tomen buena nota del profundo aprecio que las consagro!

M. V. ROMEROGARCÍA

New York: 29 de setiembre de 1894.

(Año I, Tomo II, número 9.—Caracas, 31 de octubre de 1894).

IX

ROMEROGARCÍA

La novela «Peonía»

¡Cuán demudado lo vi ayer en su vuelta a la Patria! Del Norte helado viene tras larga ausencia, el célebre autor de Peonía; y viene enfermo, abatido, profundamente quebrantada aquella naturaleza indígena un día tan robusta. Sus anchas espaldas se encorvan cual si el tiempo pesara ya demasiado sobre su juventud; su trigüeña piel la cubre una extraña palidez sombría; sus grandes ojos brillan con un fulgor inmaterial, sombrío también, cual si por ellos se asomase espantado el dolor; de sus labios ha huido la gracia genial e irónica, y de negro vestido, negra la cabellera, negra la amplia bufanda en que se envuelve su garganta, dijérase la estatua del desaliento; la imagen del melancólico enlutado de que nos habló en sus versos inmortales el sublime Musset.

¡Oh! Hermano querido; compañero de instantes fúlgidos y de horas grises; bohemio radiante, batallador enérgico, desolado proscrito; al estrecharte entre mis brazos se renovó en mi corazón toda una historia de sueños desvanecidos, de esperanzas extintas, de luchas infructuosas, de olvidados momentos de alegría, de placeres que son espectros; ¡de ideales que nacieron y murieron una mañana como flores empapadas de rocío!

¡Nos hemos vuelto a ver! ¿Pero cuándo? Sobre la roca hospitalaria donde otra vez nos despedimos, cuando aires de tempestad hoy como ayer nos fatigan, como si la adversidad fuera la constante enamorada de las almas visionarias; cuando tú, ave enferma que cantaste con canción inimitable en regiones extranjerías las patrias melodías, sobre la ráfaga que vibra vas buscando el nido que un día abandonaste para calentar ahora tus miembros ateridos.

Puede que los aires que besaron la frente inmaculada de Luisa, los mismos que lloraron sobre el sepulcro de esa tu virgen agreste, te reanimen con sus hálitos; y que aquella tierra que lleva en su savia la vitalidad poderosa de tus creaciones le preste vigor a tu organismo.

¡Mientras tanto tu obra está y estará siempre en pie! Eres el ungido; el creador de una vida nueva en la literatura nacional; el maestro del realismo en la novela venezolana.

Tu esfuerzo no ha sido bien analizado, ni bien comprendido. Peonía tiene una trascendencia mayor que la asignada por la crítica: nacional y subjetiva, sería exótica en las demás tierras del Globo; de generación espontánea no tiene antecesores; y es nuestra como nuestros samanes, como nuestras flores de pascua, como la fe sencilla de nuestros campesinos, como la vida incipiente de nuestros pueblos.

Sólo en Peonía, está palpitante, sangrada y convulsiva como una entraña abierta, la fisonomía y la tristeza de una época de la vida nacional.

En vano rudos dolores, hambrientos males devoradores de la salud, lucharán por destruir el pensador: se cebarán en la carne, miseria que es úlcera; pero quien así escribe, ¡oh! Genios de la destrucción, ¡será inmortal!

M. PIMENTEL CORONEL.

Curazao: 3 de mayo de 1895.

(Año II, número 10.—Caracas, mayo de 1895).

Notas

[¹] Pedro Grases publicó este trabajo en la *Revista del Instituto Pedagógico Nacional*, n. º2, Caracas, abril de 1944. Hubo edición en separata. <<

[2] Este artículo era prólogo a una selección de escritos de carácter doctrinal aparecidos en *Cosmópolis*. En la actualidad se cuenta con la reproducción fotográfica, realizada heroicamente por Luis Álvarez de Lugo. <<

[3] Pedro-Emilio Coll me obsequió, al publicarse este artículo y la selección de *Cosmópolis*, con la siguiente carta:

Caracas, 23 de mayo de 1944.

Querido y admirado Grases:

Muchas pruebas de amistad me ha dado Ud., pero ahora le agradezco especialmente las muy honrosas referencias que de mí hace con motivo del noble homenaje de la «Revista del Instituto Pedagógico Nacional» en el Cincuentenario de «Cosmópolis», homenaje de que a mi entender es Ud. el iniciador y muy de acuerdo con su alta y bondadosa inteligencia.

Respecto a la introducción de Ud. a los artículos, de carácter doctrinal, que se inserta, me parece admirable y hasta ahora el mejor estudio histórico-crítico acerca del movimiento literario en que tomé parte en mi ya remota mocedad.

Por lo demás, gracias a Ud. puede que la actual generación aprecie, si lo merece, el esfuerzo que la nuestra hizo, en la mencionada Revista, a favor de la cultura patria y de la confraternidad humana.

Le abraza cordialmente su invariable y cada vez más agradecido amigo,

PEDRO-EMILIO COLL.

P. S. Sin duda a mi viejo compañero Pedro César Dominici le sería grato recibir el número 2 de la Revista de este Instituto y conocer el magnífico trabajo de Ud.. Su dirección: Deheza, 2. 350. —Buenos Aires. <<